

Enrique Labrador Ruiz

Schweitzer



PROFESION excepcionalmente dotada a recoger cosecha de dolor, es la del médico. Caja de resonancia de ayes y congojas, de miserias y tribulaciones, el acto de solicitud más entrañable está en su divisa. El médico a la cabecera del enfermo pero también junto a su alma, a su pena, a su desazón. Mucho más cura un médico a veces con su palabra de consuelo que con ayuda de drogas, puesto que en verdad la lacería humana camina en diversas direcciones, hacia soterrados sitios, por cavernas y tenebrosidades anímicas. Cuando se dice “la humanidad doliente” se expresa una verdad de largo alcance. Todos somos “dolientes”; seres que padecemos, y si de pronto nos faltara ese sentido coloquial, casi sacerdotal, que nuestra necesidad reclama del médico ¿qué hacer con la vida?

Larga es la historia de médicos que todo lo dieron por la ciencia, el sentido de investigación, la prueba definitiva. Mas quisiera sintetizar en uno el espíritu de sacrificio, el espíritu de caridad, el deseo absoluto de bien. Me refiero a Alberto Schweitzer, arquetipo. ¿Qué hizo este hombre docto en humanidades, en música, en religión; este hombre refinado y sensible así se vió apto para la lucha? Había nacido en 1875 en un ambiente eclógico, en un medio que inducía a la meditación, en la Alta Alsacia, en Kayserberg para ser más exactos. Su padre, pastor evangelista; su madre, la esencia del

orden. Este adolescente tiene un alma llena de amor, de ternura. A los 10 años libra la primera batalla contra la injusticia: el aherrojamiento de los judíos de su zona. Más tarde, otras y otras. Y le encontramos de predicador en Estrasburgo luego de intensos estudios filosóficos y musicales en París. Profundo espíritu religioso, a los 27 años teólogo, director de seminario, sermonista, afamado mantenedor de controversias. Se inclina resueltamente al místico. Pero se había fijado los 30 para la acción. "En esta fecha tendré que cambiar de ruta y ponerme al servicio directo de la humanidad" ¿Qué hacer? ¿Por dónde tirar? Cierta noche cayó en sus manos una revista donde se relataban los sufrimientos inenarrables y el tremendo estado de miseria de los negros en el Africa Ecuatorial. La Sociedad Misionera de París hacía un llamado. Entonces decidió Schweitzer inmediatamente su destino: estudiar medicina para poder ser útil a aquellos infelices diezmados por la lepra, el abandono, la incuria, amén de ciento de enfermedades desconocidas. Y donde fué profesor devino alumno, sin miedo a cierto rubor, a la penosa situación de hallarse ya un tanto maduro entre jóvenes un tanto alocados.

Sin dejar de escribir sobre Bach, sobre San Pablo, sobre Cristo, ofreciendo pequeños conciertos de órgano, seis años después de haber tomado su gran decisión este hombre ejemplar recoge su diploma, toma un curso sobre enfermedades tropicales y fiel a su norte precisa su viaje al Gabón. Quiere ir a fundar un hospital precisamente en Lambarené, punto extremo y solitario de la selva, pero esta obra será sin conexiones oficiales, sin ataduras de ningún género que le obliguen; quiere en fin, tener libertad de acción para el desarrollo de sus planes. Y con 70 cajas repletas de materiales parten él y su mujer hacia la gran empresa en julio de 1913.

He leído en *Entre el Agua y la Selva Virgen* que había hecho de seguidas enfermera a su mujer y que los recursos hubo de buscarlos personalmente. "Puse de mi parte lo que había ganado con mis conciertos de órgano y la venta de mi libro sobre Bach, publicado en tres idiomas. De este modo, el organista de Santo Tomás, de Leipzig, hace lo suyo". Llegaron.

Con el objeto de que el doctor pudiese instalarse sin prisas —cuenta él mismo— se hizo saber en la estación misionera que no se le habría de visitar, salvo casos de urgencia, hasta tres semanas después de su llegada. Era natural que no se obedeciese el mandato. A todas horas hubo enfermos a la puerta, sin estar siquiera a medias. Y aquí se inicia el forcejeo medusario de un hombre solo, con pocos recursos, contra el mal en toda su potencia y agresividad, contra la falta de ánimo y la más sedentaria apatía de los nativos, contra los colonos blancos que se hacen la vista gorda... Aparte de su mujer ¿qué tenía como aliado sino un piano? Pues él llevó su piano, regalo de la Sociedad de Conciertos de Bach, entre mil dificultades, hasta allí. Y en seguida tuvo su intérprete, antiguo cocinero, quien daba las más singulares definiciones anatómicas: “Doctor: a éste le duele la pata derecha; a aquélla, las chuletas superiores de la izquierda; a este otro, el solomillo...” Un antiguo gallinero le sirve de sala hospitalaria y comienza la petición continua a los amigos de Europa: “Mándenme botellines vacíos, cajas de hojalata, tubos de cristal cerrados al corcho...” No tiene esas cosas que le son preciosas, pues los medicamentos en la selva, debido al grado de humedad del aire, no resisten envueltos en papel ni metidos en cajitas de cartón. Y libra la más ardorosa batalla epistolar por obtener productos imprescindibles y hace circular por todas partes ese grito. El *Oganga*, el mago de los fetiches, su título ya para siempre, se la pasa suplicando indulgencias por las molestias que ocasiona, pero es que, ay, sus pobres negros están tan enfermos que da grima. Malaria, úlceras de la piel, elefantiasis, supuraciones óseas, disentería tropical, sarna, lepra. Si tuviera provisiones infinitas de quinina, de antipirina, de bromuro de calcio, de salol, de germatol, de digital... Si tuviera esperanza de tenerlas antes de que lleguen las lluvias y el estado de las comunicaciones y los pillastres hipopótamos no las hagan imposible... Y habrá intervenciones quirúrgicas cada día y la mosca tsé-tsé ronda con su aire siniestro. La ha visto ya, en una travesía en piragua, dos veces mayor que la mosca común, con sus alas en forma de tijera, una sobre otra, volando sólo de día. Satisface su apetito perforando los tejidos más

gruesos. Librarse de su picadura es tanto como librarse de los mortales rayos de sol.

Supersticiones y tabús ¿no son una barrera infranqueable? Schweitzer, con percepción sutil, con mano hábil y diestra, fué derribándolas hasta penetrar al corazón de sus amigos. Si aparecen algunos casos de demencia ¿cómo tratarlos sino también con algo de magia? Porque a estos pobres locos hay que protegerlos de sus paisanos, de sus parientes, los cuales están siempre dispuestos a deshacerse de ellos de cualquier modo (constituyen “lo maldito”) echándolos al río, a la hoguera. Debe prometerse la cura inmediata: sino perecer. Morfina, scopolamina, broncalium, he ahí sus aliados apaciguadores. Otra admiración ha conquistado: extrae dientes que no estén flojos. Eso les parece increíble, mas hubo alguno que pidió sacarse todos los buenos para ponerse, como cualquier cursi, unos de fiera. De sus habilidades de cirujano se hacen lenguas. “El mata primero a los enfermos —dicen ellos—; entonces los cura y luego los resucita”. Y otros recogen dinero en el seno de la familia “para pagar el hilo tan caro con que el doctor les cosió la herida”. En cambio, un muchachillo no se le acerca jamás: tiene miedo que el doctor le mate para comérselo. Pertenece a cierta familia de caníbales, los *pahouins*, y está en guardia. “No le gustaría mejor al doctor comer carne de mono?” —le sugiere, sabiendo bien que esto es la antesala del canibalismo. “Se la conseguiré”.

En diciembre de 1914 dice a su mujer que hay que conservar las velitas que ha prendido al árbol de Navidad porque los tiempos son duros. Y ella repuso con un tono indefinible de escepticismo: ¿Para el próximo año? Desde antes se sabía que en Europa movilizaban; que una gran conflagración estaba a punto o había estallado ya. Por de pronto, no hay vapores y de ahí la carestía de tabaco, azúcar, petróleo, aguardiente. El no recibe paquetes; no le envían apenas cartas; no tiene siquiera arroz para los más enfermos. Y llega la Navidad del 15, las velitas vuelven a lucir pero el run-run de la guerra aprieta sus corazones. ¿Cómo explicar a estos negros que los blancos bienhechores se matan entre sí? Y esta otra miseria: ha llovido tanto

que la casa se les cae encima; una plaga de hormigas invade los cajones donde atesora restos de medicamentos; destruye los vendajes; se bebe la miel para los remedios más perentorios. Habrá que soldar las latas donde se guarda la harina para las aves... , y las termitas se precipitan dentro. Algunas compactas columnas de *dorylus* desfilan ante ellos 36 horas seguidas, escalofriantemente y penetran en el pico y las vías respiratorias de las pobres gallinas y las asfixian. Es insoportable todo esto; otra guerra feroz se está librando en sus territorios, porque estos “guerreros” así que se ven atacados con *lysol* y agua (lo único práctico que tienen a mano) responden con fieras picaduras, se suben a las piernas, no cejan de morder.

Ellos están casi a la intemperie al cabo de los años, sufren de anemia tropical, caries fatales en los dientes, fiebres, disentería; envejecen por minutos. Y de pronto este matrimonio alsaciano, los únicos aptos en 500 kilómetros a la redonda, no pueden atender a sus enfermos, a sus amigos... porque son enemigos. ¡Son alemanes! Llevados a un campo de concentración cerca de los Pirineos, Francia los vigila; en 1918 los pasan a Saint Remy de Provence, hasta el canje en la frontera suiza. En 1919 vuelve Schweitzer a ser pastor, el alma desgarrada, y a tocar el órgano de Estrasburgo; en el 20, a Suecia a dar conferencias. Oxford lo invita; lo invita Cambridge; siguen una serie de jiras que hacen época, y cuanto gasta es para un futuro exacto: Lambarené, polo magnético.

Con un simple ayudante porque su pobre mujer no resiste más, vuelve a la lucha, a alzar la casa, a disponer el cuarto de cura, a reconstruir la vida contra la selva, a los siete años de la aciaga partida. Y a pedir nuevamente, con este gran grito: “Ayudadme, para que yo pueda ayudar”. Ahora levanta pabellones sólidos, se hace un constructor avezado, lleno de experiencia: sala de operaciones, farmacia, el laboratorio con microscopio, lencería, despensa, una casa para enfermeras... son más que un sueño. Todo cuanto ha ganado, cuanto ha merecido, cuanto merezca del mundo, será para allí. (“creced en vuestros ideales —dice siempre—, a fin de que la vida no pueda privaros de ellos”).

En dos años dejó listo la ascendente obra, bien que agotado, bien que destruído, a pesar de ser un coloso físico. La música le salvará de tales desmoronamientos; la selva cercana, los cercanos matorrales se impregnan de sus fuertes himnos; de sus elevaciones cotidianas a Dios; y hasta las montañas sienten que hay un espíritu mayor en su seno. En seis meses más estará de nuevo en Europa: Suecia, Holanda, Suiza, Inglaterra, conferencias, conciertos. En 1928 la ciudad de Frankfort le ofrece un presente excepcional: el Premio Goethe, y se prepara a volver. Lambarené... Están hasta el 32, que tornan a Frankfort por los festejos goethianos. Incansables para el esfuerzo práctico no lo son menos para el idealista: ven la Europa vacilante, las hordas de Hitler preparando el zarpazo. Una nueva guerra le espanta y literalmente se entierra en Africa, en total 40 años, y donde le alcanzan todo género de honores, entre ellos el Premio Nobel, pero donde le faltan a veces palabras para responder a los pobres negros que preguntan por qué los blancos bienhechores, casi santos, se matan estúpidamente entre sí.

Por enero cumplió sus 80; dicen que se está quedando ciego, mas puede recorrer algunas mañanas todavía su gran hospital de Lambarené, con 45 edificios y 500 plazas disponibles. Ah, y tocar en el órgano un himno fuerte, acción de gracias al Supremo por las cosas que le ha deparado.